

Cebras, oro, caníbales y hachas de piedra en la Amazonía

Apuntando a rescatar la riqueza narrativa de las literaturas orales sudamericanas, las colaboraciones entre autores indígenas y antropólogos, biólogos o lingüistas cada vez son más frecuentes. Para valorar los textos aquí reunidos no hace falta analizar la variedad de los recursos técnicos utilizados: los mecanismos evidenciales, la particular repetición de los predicados verbales, o el propio sistema tonal de la lengua chácobo. Cualquier lector puede apreciar, incluso, la gama de matices de traducción que origina la singularidad del castellano regional (“puntero” para designar la precisión cinegética o “soplar” como eufemismo de la capacidad chamánica), glosas al fin y al cabo esperables (*rëquëbo*, literalmente “los primeros”, como “antepasados”), y otras que definitivamente resultan más llamativas (“drogarse” para referir al consumo de la liana alucinógena *capi*).

Para apreciar estos textos que no encajan fácilmente en las categorías de historia oral, anécdota o mito, de hecho, ni siquiera hace falta que comprendamos la opaca fluidez de una narrativa que se entretiene descomponiéndolos en versiones, variaciones y secuencias emblemáticas, que en ocasiones funcionan como unidades independientes y otras veces como partes de un ciclo más amplio de historias: de esta forma, mientras que cualquier chácobo sabe al instante que “La mujer que vivió con una víbora cutuchi” se refiere al ciclo mítico de Caco, tanto los narradores como los oyentes comparten un mismo horizonte de alusiones implícitas que hacen que la historia pueda operar sin problemas como narrativa autónoma.

Los textos ponen en escena hallazgos etnográficos pocas veces mencionados en la literatura regional, como la descripción pormenorizada del uso de las hachas de piedra. O bien, de forma todavía más persistente, la importancia cardinal de la alimentación y el parentesco como lenguajes sociales omnipresentes. Por un



lado, los relatos dejan entrever que aquello que se come, cómo, y con quién, constituye una suerte de “código” que identifica entre sí a ciertos personajes y los distingue en el acto de los demás, lo que se vuelve particularmente evidente en la identificación del canibalismo como ícono de lo antisocial. Algo similar sucede con el uso del idioma del parentesco para cifrar cada uno de los matices y condimentos de la realidad social: por acción u omisión, los relatos naturalizan la uxori-localidad (el marido vive junto a los padres de su esposa), con las consiguientes tensiones con los afines matrimoniales (suegros, cuñados), y no es en vano que muchos chácobo todavía traduzcan la palabra cuñado (*chahi*) como “enemigo”. Pero no sólo eso. Los relatos despliegan una y otra vez la clave clasificatoria que codifica casi imperceptiblemente las percepciones de la identidad y la alteridad: los animales o personajes mitológicos se designan entre sí con términos de afinidad matrimonial (el manèche llama “cuñado” al marimono, lo mismo que la perdiz al jaguar), mientras que esos mismos personajes (el sepe, el anta, el chubi, el oso bandera) reservan las categorías de “nieto” o “abuelo” para los seres humanos, siempre en función de la edad relativa de sus interlocutores.

No es menos sorprendente el tono de los narradores. Lejos de la exaltación intelectual y sentimental que acostumbramos encontrar en la raíz de una literatura obsesionada con el “yo”, los relatos chácobo nos describen la perplejidad, la tristeza, la furia, el desamparo o la propia muerte en un registro austero, neutro, carente de desbordes, estridencias o desmesuras; un registro que, evitando los adjetivos y los calificativos, privilegia implacablemente el desarrollo del argumento evitando las valoraciones psicológicas o morales, y que no se preocupa jamás por juzgar las motivaciones de los actores (“Después de dos semanas, el que había sido comido por el jichi de una perdiz murió. Y los familiares lloraron por él. Después de velarlo lo enterraron”).

Estas narraciones, por si fuera poco, tienen el mérito de desarticular las oposiciones un tanto simplistas que los observadores externos solemos conjeturar entre mito e historia, tiempo circular y tiempo lineal, oralidad y escritura. Lejos de exiliar el acontecimiento al horizonte inmemorial y casi fantasmagórico del





mito, la narrativa concreta absorbe, recicla e incorpora elementos novedosos y concede sin problemas agencia a las armas de metal, al oro, al caucho, a los criollos, y hasta a la aparición enigmática y casi inexplicable de una cebrá en plena jungla amazónica. Esto, sin duda, nos obliga a pensar en la capacidad nativa para desarrollar una conciencia plenamente histórica, dinámica, que sabe nutrirse de las paradojas, las novedades y las transformaciones. Si sumamos esa paleta de matices a una serie de recursos metafóricos más convencionales (“Cuando el sol se despedía”), pero también a la conciencia reflexiva de los autores sobre la recopilación textual como herramienta pedagógica, como instrumento de reivindicación étnica y regeneración patrimonial de la propia cultura, lo menos que cabe decir es que los textos de Mëya Chávez y Caco Moreno Ortiz, cuidadosamente editados por Adam Tallman, permiten asomarnos a una densidad etnográfica, filosófica y hasta poética que, explotando su idiosincrasia particular, comienza a presentarse como una literatura con todas las letras.

Diego Villar

IICS CONICET-UCA (Argentina)
CIHA-UAGRM (Bolivia)

